

Mariposita verano



Mariposita verano

Escrito e ilustrado
por Lynn Mills

Copyright © 2024 Lynn Mills

Traducido al Español por: Mariana Cardenas Abedrop

ISBN: 978-1-965153-32-1

Todos los derechos reservados, incluido el derecho a usar o reproducir este libro o cualquiera de sus partes sin el consentimiento escrito de la editorial a excepción de cuando se trate de citas breves contenidas dentro de críticas o reseñas.

Cosworth Publishing
21545 Yucatan Avenue
Woodland Hills CA USA
91364
www.cosworthpublishing.com

Para más información sobre este consentimiento,
escribanos a office@cosworthpublishing.com.

Dedicado a Casey y Riley
y gracias a Georgia y Veronica



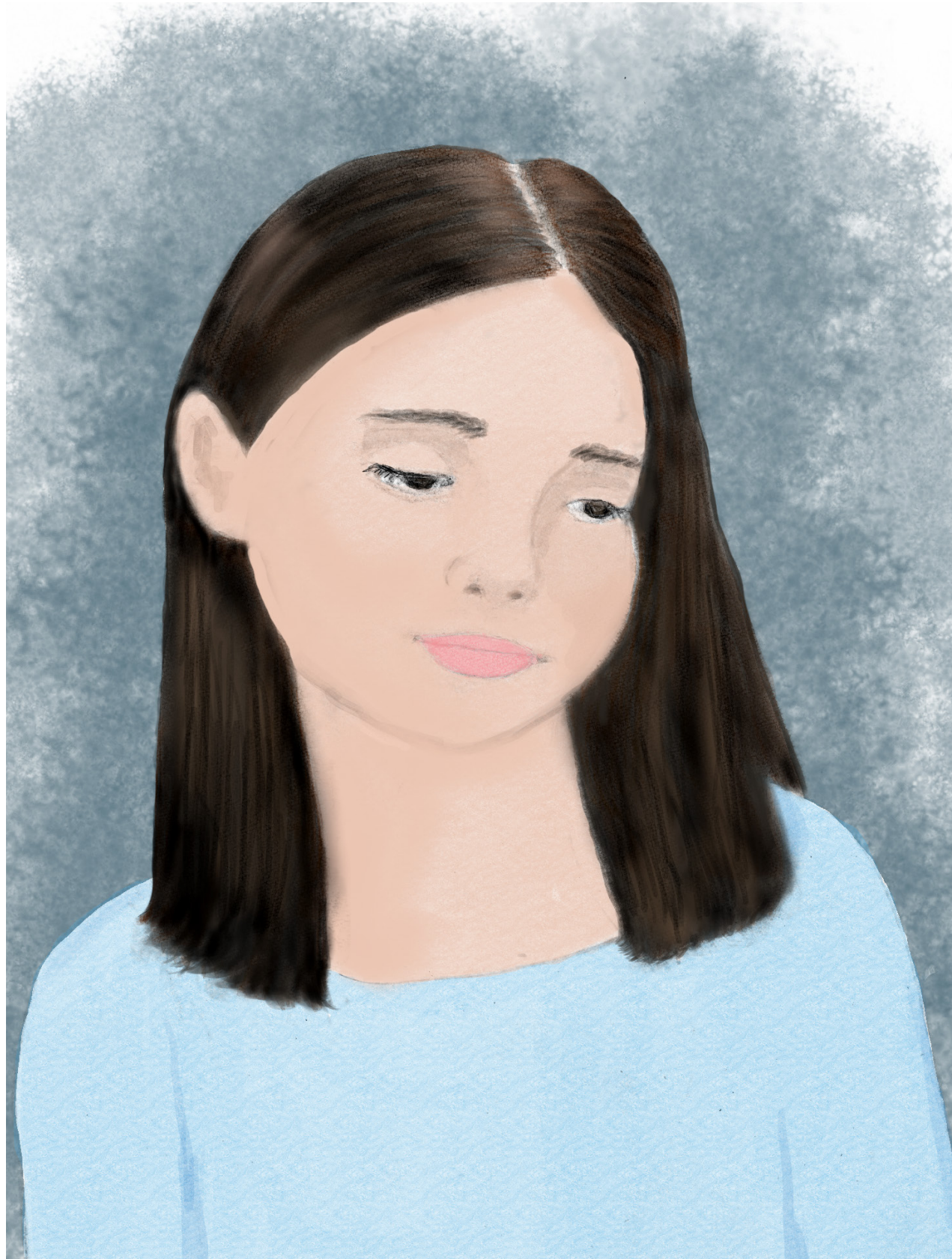
Había visto a mi abuela solo en fotos en las páginas de redes sociales de mi familia. Mis abuelos vivían lejos en México, por lo que nos resultaba difícil visitarlos y a ellos, venir a vernos. Mi papá, su único hijo, había venido a Chicago para estudiar en la universidad, y luego conoció a mi mamá y decidió quedarse en la zona.

La primera vez que vi a mi abuela fue hace unos años en invierno. Recuerdo la pequeña casa de mis abuelos y enormes platos de comida. La casa estaba llena de familiares, todos hablando y riendo, pero no podía hablar con ellos porque no hablábamos el mismo idioma. Pero las sonrisas y abrazos de todos me hicieron sentir bienvenida.

Hacía frío y nevaba en nuestra casa cuando salimos de viaje, pero hacía sol y calor en la casa de mis abuelos. Recuerdo que nos llevaron a un hermoso bosque en las montañas cercanas, donde los árboles estaban repletos de mariposas Monarca naranjas y negras, como si los árboles tuvieran mantas de mariposas. En casa, solo veía a las Monarcas en verano; siempre volaban lejos cuando empezaba a hacer frío en otoño. Mis padres me dijeron que vinieron a México de vacaciones, al igual que nosotros.

Cuando mi abuelo murió, mi abuela vino a vivir con nosotros, y tuve que compartir mi habitación con ella. Tuve que empacar la mitad de mis cosas en cajas y ponerlas en el garaje. Sus medicinas, rosarios y fotos de mi abuelo ocupaban toda la mesita de noche entre nuestras camas. Usaba un perfume viejo y apestoso, así que toda mi habitación, incluida toda mi ropa, olía a eso. No hablaba inglés y yo no hablaba español, así que no podíamos hablar. Se acostaba muy temprano, así que ya no podía leer en la cama y me tomaba mucho tiempo conciliar el sueño. Y lo peor de todo, roncaba.





Mi abuela era diferente de lo que recordaba. Era muy callada. Y triste. La mayoría del tiempo solo miraba la televisión en español mientras bordaba flores en la ropa de mi hermanita. A veces se sentaba en su cama, llorando por teléfono con los familiares en México, y yo me sentía como un intruso en mi propia habitación. No hablaba en la cena, excepto para quejarse a mi papá de que hacía demasiado frío para ella en Chicago. No sabía por qué se quejaba; para mí, hacía suficiente calor. Toda la nieve finalmente se había derretido y mi mamá ya no me hacía usar abrigo para ir a la escuela.



Sin embargo, a mi abuela le encantaba ayudar con mi hermanita. La abrazaba, bailaba con ella y le cantaba en español. Pero siempre me callaba cuando el bebé dormía la siesta, que era la mayor parte del tiempo.

“Deberías aprender español para que puedas hablar con tu abuela”, dijo mi mamá. Mi madre llamaba a mi abuela “abuela” desde que comenzó a tomar un curso de español en línea.

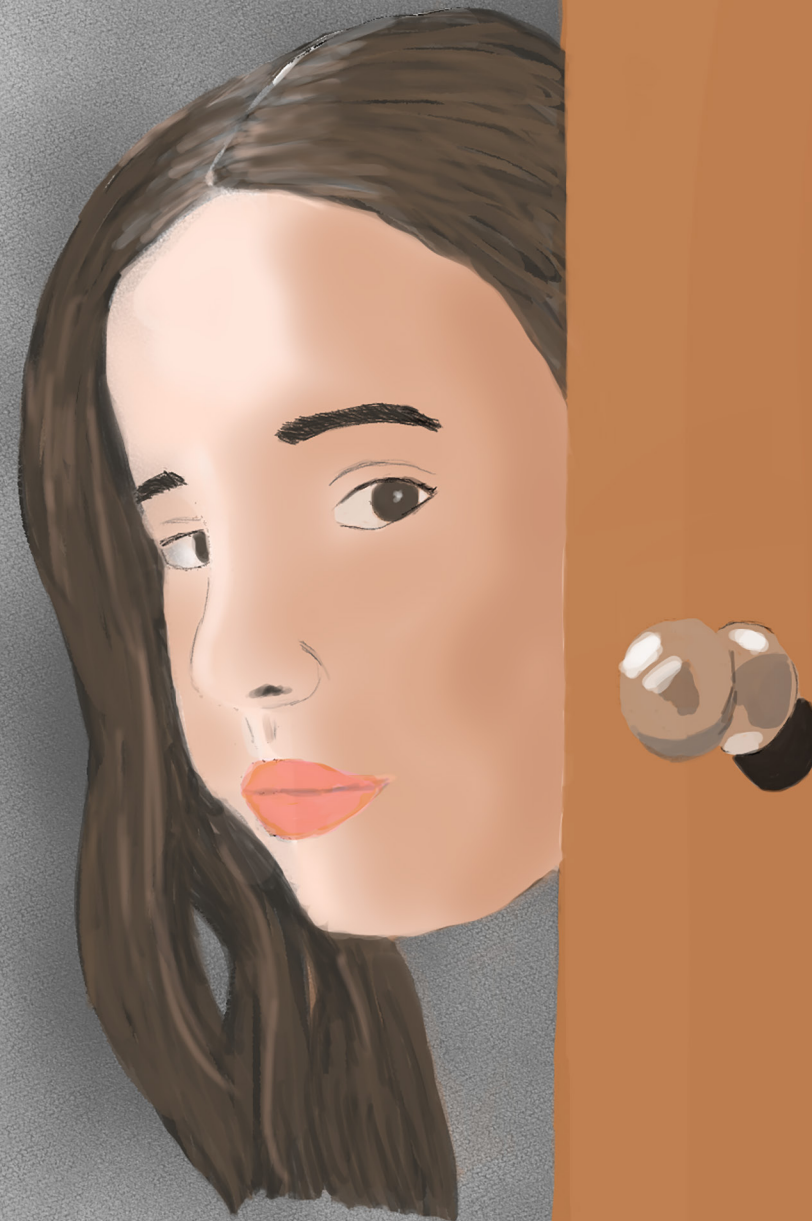
“¿Por qué? Ni siquiera habla mucho con papá y él habla español muy bien.”

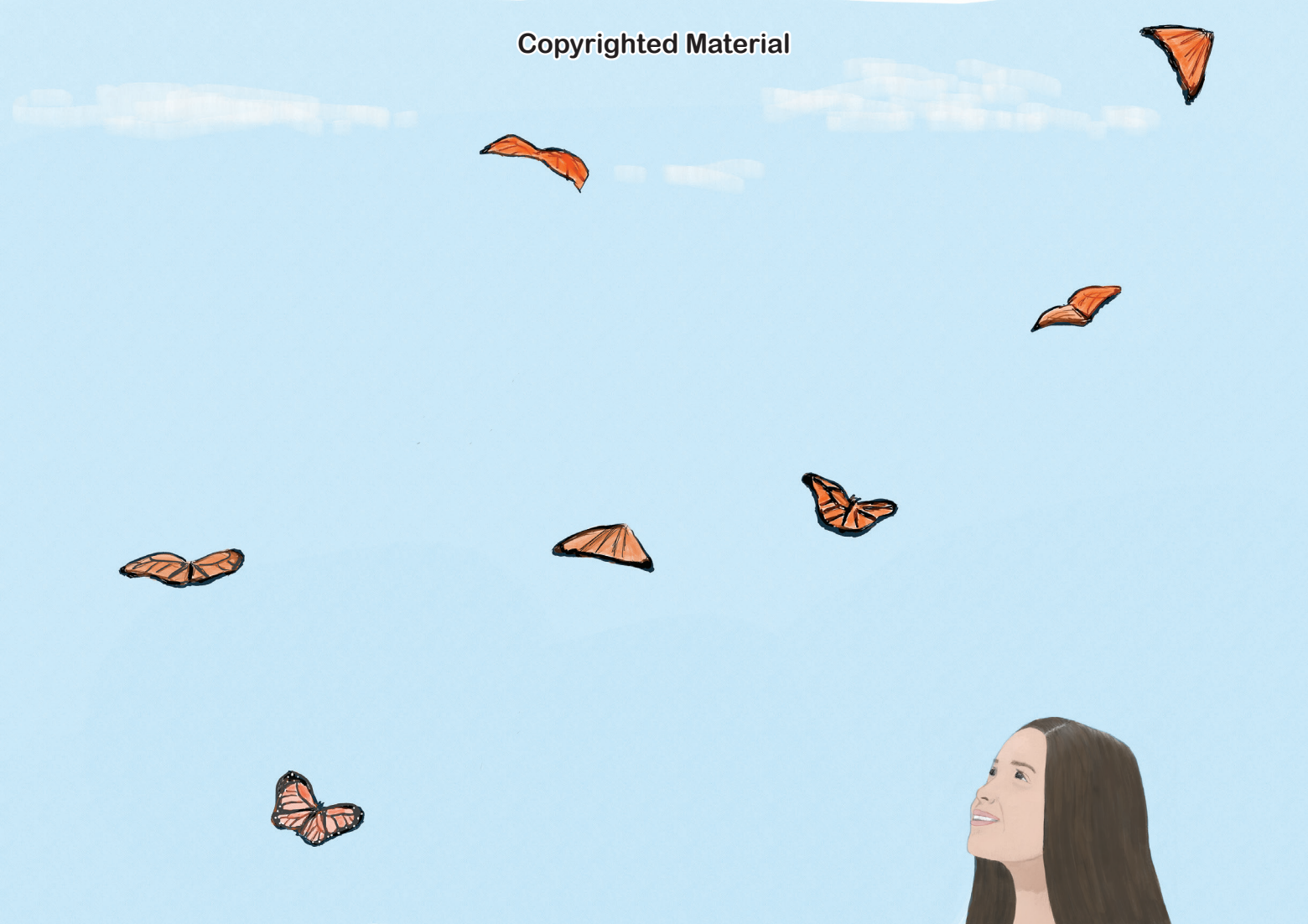
“Ella está muy triste desde que murió tu abuelo”, dijo mi mamá.

“¿Mi qué?”

“Abuelo. ¿Por qué no vas a ver la tele con ella? Podrías aprender algo de español de eso.”

Así que lo intenté. Una vez. Pero cuando me senté junto a ella, mi abuela gritó: “¡No! ¡No! ¡No, mami! ¡Eres demasiado joven para ver telenovelas!” Entendí la parte de “¡No! ¡No! ¡No!” y corrí a mi habitación. No sabía si mi abuela y yo alguna vez seríamos cercanas. Así que pensé: “Está bien. Soy demasiado grande para una abuela de todos modos”.





¡Pero en la escuela al día siguiente, algo maravilloso sucedió! ¡Las mariposas Monarca en nuestro kit finalmente estaban saliendo de sus crisálidas! Una por una, salieron arrastrándose y agitando lentamente sus alas para secarlas. ¡Fue tan emocionante! Una vez que las mariposas comenzaron a revolotear dentro de la caja, nuestra maestra nos llevó al jardín de la escuela. Toda la escuela vino a mirar. Ella abrió la caja, y una por una, en un remolino soleado de naranja y negro, las mariposas salieron de la caja como confeti, posándose en flores cercanas para sus primeras comidas.

Mi maestra estaba a punto de tirar la caja, pero vi una mariposa todavía dentro. “¡Espera! Queda una,” dije. La mariposa se revolcó en la caja, su ala izquierda estirada, batiendo fuerte, pero la otra ala estaba enrollada, parecía una hoja de otoño seca. Pobrecita mariposita.

“Tal vez su ala solo necesita secarse un poco más y luego podrá volar,” sugirió mi maestra. Metió una hoja en la caja. La mariposa se arrastró sobre ella y la maestra la colocó en el cálido sol. Pero, ¡oh no! ¡Una ráfaga de viento sopló a la mariposa lejos! Buscamos por todo el jardín, pero no pudimos encontrarla. Después de un rato, tuvimos que regresar al salón de clases y me preocupé por la mariposa el resto de la tarde. ¿Alguien la pisaría? ¿Un pájaro se la comería? ¿El jardinero la rastrillaría con la podadora?



Cuando sonó el timbre, salí corriendo de clase y busqué por todas partes. Debajo de arbustos, en árboles, incluso en la basura. Estaba a punto de darme por vencida y regresar a casa, cuando vi que las hojas se movían bajo un roble. Aparté una hoja, y allí estaba la mariposa. La levanté suavemente y la puse en una pequeña caja de cartón, y la llevé a casa. Intenté pensar en un buen nombre, pero no se me ocurrió ninguno.

